

ANTONIO PIÑAS, *Los procesos de cambio de la persona. Llegar a ser quien soy*

Fundación Emmanuel Mounier,
Colección Sinergia nº 44, Madrid 2012, 148 págs.
ISBN: 978-84-96611-95-5

Antonio Piñas, persona filosofante y filósofo personalista, nos regala una apretada y profunda reflexión sobre lo que denominan “procesos de cambio”, que en lenguaje netamente religioso se llaman “conversiones”. La decisión terminológica de hablar de “proceso de cambio”, en lugar de “conversión”, acertada, a nuestro parecer, obedece al intento de situar las conversiones religiosas dentro de un marco de interpretación conceptual más general que el de la vivencia religiosa, puesto que toda conversión religiosa implica cambio personal, pero no todo cambio personal es una conversión religiosa. Desde el marco que nos ofrece en su estudio, el profesor Antonio Piñas, son analizables tanto las conversiones religiosas como las “conversiones” éticas, psicológicas, políticas o personales (pg. 24).

El libro se abre con un prólogo de C. Díaz, que no tiene desperdicio. Luego, tras definir la conversión y sus tipos (cap. 2), el estudio ofrece primero una teoría de la vida personal, entendida esta como biografía, desde la distinción básica personalista entre lo que soy y quien soy (cap. 3 y 4). Se ejemplifican los procesos de cambio al presentar lo que sería una conversión ética (cap. 5) y posteriormente se ofrece una descripción de los procesos de cambio desde la psicología (cap. 6) y desde la filosofía (cap. 7). Hay un interesante análisis sobre las expresiones que se suelen emplear al hablar de conversiones: ver de una forma nueva; morir para volver a nacer (cap. 8). Pero el grueso del estudio se lo lleva la exposición de lo que el autor llama “trípode de la vida personal”: creer, esperar y amar como fulcro sobre el que se mueve la entera vida de la persona.

El estudio es sobremanera oportuno por distintas razones. En un mercado editorial cada vez más saturado por la literatura barata de autoayuda, llena de esperanza el ver aparecer un libro de auténtica filosofía, teórica y práctica a la vez. Situaríamos a este libro en la línea de la mejor filosofía, que se concibe no únicamente como quehacer intelectual, sino como práctica de vida y que abarcaría desde Epicteto (muy en la línea, por cierto, de la oración escrita por Niebhur y citada por el autor en la p. 109) hasta Ortega (vivir es hallarse perdido, y la filosofía debería ser el saber a qué atenerse en la vida).

Es pertinente un estudio sobre los procesos de cambio de la persona porque es un paso más en la línea de fundamentar las ciencias humanas desde una visión filosófica y personalista. En concreto, con este libro se verán enriquecidas la disciplina de la psicología o la práctica de la psicoterapia, pues hay profundidad de ideas y riqueza de sugerencias. Diríase que el propio autor, Antonio Piñas, ha escrito este libro en diálogo con dichos campos del saber (véase sobre todo el capítulo 6, donde analiza la propuesta de Carl R. Rogers, y las citas continuas de Maslow u otros psicólogos y psicoterapeutas).

Nos son muy necesarios los estudios de este tipo, sobre todo en las ciencias humanas, puesto que todo saber parte de un fundamento determinado (y la pretensión de no tener fundamento ya es un tipo de fundamento). Ofrecer basamentos sólidos desde el personalismo para que se sustenten los distintos edificios del saber (una psicología o una psicoterapia) es algo que deberíamos fomentar y ampliar a otros campos de estudio. Así, poco a poco se va haciendo evidente que el personalismo no es solo una buena idea, sino que se ha constituido en un auténtico paradigma filosófico (parafraseando a Kuhn) o en un programa de investigación (por usar la terminología más precisa de Lakatos). Y el personalismo ni está en un período de crisis, ni es un programa de investigación esclerotizado y decadente, como muestra el presente estudio.

Sería largo enumerar los aciertos: la pluralidad de voces, la brevedad, la línea netamente personalista de su argumentación, el paso de la teoría a la práctica y sobre todo la fina articulación del “trípode de vida personal”. No hay página en la que no se citen, cómo mínimo dos autores; y sería largo enumerar el elenco de personalidades filosóficas y literarias: maestros del pasado reciente nacional (Laín, como no, Zubiri, Ortega, Marías, Unamuno, Zambrano, Aranguren) e internacional (Mounier, Scheler, Blondel); maestros vivos (C. Díaz, F. Torralba, A. Domingo Moratalla u O. González de Cardedal); psicólogos (Maslow, Rogers, Frankl, Fromm, L. R. Rambo, Rojas Marcos, Pinillos, Rof Carballo) o literatos (Saint-Exupery, Machado, Galeano, Aldecoa...). Y esto en apenas centenar y medio de páginas. Así que al mérito de las fuentes en que se apoya, habría que añadir la brevedad del estudio, que no resta mérito a su enjundia. Otros hubieran empleado varios centenares de páginas en explicar con detalle y por menudo lo que el profesor Piñas despacha sobradamente en 150 cuartillas. Es deplorable la costumbre de escribir largo y farragoso lo que puede decirse en breve y claro, como hacía Ortega.

La cantidad de autores que aparecen en el estudio no son fuentes de autoridad, sino más bien de personalidad (como decía Marías de los re-

ferentes literarios unamunianos). La reflexión que el profesor Piñas nos ofrece de los procesos de cambio no es un centón de textos inconexos, sino que sigue una clara línea personal y personalista. Los habituados a este paradigma filosófico, reconocerán a cada paso el sello inconfundible del personalismo en sus páginas: la noción de libertad y dignidad (p. 62), la referencia indispensable a Mounier (p. 78), o los temas de la biografía y la distinción entre qué y quién, que hemos recordado al principio de esta reseña.

Este estudio, además, no se limita a comprender la realidad, sino que es un ejercicio de comprensión orientado hacia el cambio de vida, “hacia una vida nueva y buena” (p. 145). En la línea de lo que decíamos respecto de la oportunidad del libro, esto no es ni un manual de autoayuda huero de profundidad filosófica, ni un tratado de los que, como decían de la filosofía analítica en los '70, “lo deja todo como está”: el estudio ayuda a comprender los procesos de cambio propios y ajenos (y por tanto ayuda a comprenderse) y a la vez es una invitación a cambiar para mejorar; es una llamada a huir de la masa impersonal para ser uno mismo, siendo fiel a la propia vocación (p. 76).

Lo más sustancioso de todo el estudio nos ha parecido el último capítulo, el dedicado al análisis de la creencia, la esperanza y el amor, como “trípode de la vida personal”. No es una mera reexposición del conocido ensayo de Laín, *Creer, Esperar, Amar* (Círculo de Lectores, Madrid, 1993), como cabría esperar, aunque se base en él: es una reflexión original y fecunda sobre la vida personal, tomando como basamentos estas tres estructuras que generan hábitos (p. 97). De nuevo aparece el trasfondo personalista cuando se aplica la noción de creencia no solo en sentido epistémico, sino también en sentido de confianza (p. 98) o en la noción de amor como donación y aceptación (p. 139), lejos del sentimentalismo con que suelen presentarse estos temas.

A nivel de estructura, echamos en falta una profundización en los procesos de cambio desde otras áreas del saber. El autor nos ofrece la perspectiva psicológica (cap. 6) y la filosófica (cap. 7), pero para que el estudio fuera más completo se requeriría la presencia de la perspectiva sociológica (algo se dice, pero solo aplicado al caso de la conversión religiosa, al hilo de las reflexiones de L. R. Rambo). También sería interesante alguna palabra desde la perspectiva de la antropología social y cultural, puesto que, por ejemplo, los ritos de paso nos ofrecerían ejemplos de primerísima mano de estos procesos de cambio desde parámetros generales.

Igualmente sería interesante demorarse en los casos fallidos o contrarios a los procesos de cambio. Ya Pascal, como recuerda el autor al

hilo de Mounier (p. 79), hablaba de la di-versión como lo opuesto a la con-versión; pero faltarían analizar la a-versión, la extro-versión, la intro-versión o la in-versión, como casos fallidos o complementarios de la con-versión; igualmente habría que estudiar más a fondo los casos donde no hay “versión” de ningún tipo, donde además de ser siempre el mismo se es siempre lo mismo, viviendo en el inmovilismo que contrario a la vida.

Atribuimos al apresuramiento de la escritura errores de fondo, como una mala interpretación de la diferencia entre sustancia y sustantividad en Zubiri (p. 39). En la p. 46 parecen identificarse la identidad con la conciencia de sí: “Para que se dé esta permanencia en la identidad es necesario que (...) permanezcan unas creencias profundas e íntimas”; pero introducir tal confusión nos llevaría a paradojas tales como privar de identidad a quien no tiene creencias básicas profundas e íntimas; o a que el esquizofrénico no solo creyera tener, sino que tuviera de hecho dos identidades. También al definir la felicidad, en la p. 131, se comete el error, a nuestro juicio, de definirla como “sentimiento de totalidad o acabamiento personal”; creemos que definir la felicidad en términos de “sentimiento” podría entenderse como un reduccionismo nefasto sobre lo que la felicidad es en la vida del hombre; y por ello cabría definirlo, mejor, como “vivencia”. Pero todo esto son detalles que, repetimos, atribuimos a la imposibilidad de atender a todos los aspectos mientras se escribe.

Quedan, pues, invitados a la lectura de este valioso librito los interesados en el personalismo, en la filosofía, en la fundamentación de las ciencias humanas, especialmente de la psicología y la psicoterapia; los interesados, en definitiva, en saber algo más de ese gran portento que es la persona y los grandes cambios que tejen y destejen su humano existir.

JAIME VILARROIG